

## ALFONSO REYES Y SUS “NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA”: EL ENSAYO EN CONTEXTO

*Beatriz Colombi*

Alfonso Reyes dio a conocer sus “Notas sobre la inteligencia americana” en la Séptima Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual que se realizó en Buenos Aires entre el 11 y el 16 de septiembre en 1936.<sup>1</sup> Para esta época se desempeñaba como Embajador Plenipotenciario en la Argentina, cargo que ya había ejercido entre 1928 y 1930. Entre una y otra residencia porteña, se había dado su representación diplomática en Río de Janeiro. La segunda estadía (1936-1938) significó un reencuentro con las amistades tramadas con los más diversos sectores del campo literario capitalino. Fue también un momento de definiciones, que la historia y los sucesos de la hora apresuraron a decidir. De manera coincidente con la Séptima Conversación, tuvo también lugar el XIV Congreso Internacional del PEN Club, que se realizó entre el 5 y el 15 de septiembre, por primera vez con sede en una ciudad americana. Alfonso Reyes, como muchos otros congresistas nacionales e internaciona-

<sup>1</sup> El texto fue publicado en *Sur* (Buenos Aires), año VI, núm. 24 (septiembre de 1936), pp. 7-14. El número anterior de la revista, de agosto de 1936, está dedicado a presentar a varios de los escritores que participan del encuentro. En este trabajo seguimos la edición del texto en Alfonso Reyes, *Obras Completas*, México, FCE, 1955-1993, vol. XI, pp. 82-90.

les, participó en los dos eventos, casi simultáneos. Si bien los congresos de escritores e intelectuales fueron frecuentes en Europa por aquellos años, fue excepcional que éstos a los que aludimos se realizasen al otro lado del Atlántico en la misma ciudad y en el mismo mes.

La ocasión fue propicia para el traslado a este escenario de los conflictos que atravesaba Occidente en los años 30. Con el trasfondo de los sucesos europeos de las primeras décadas del siglo —la Gran Guerra y la Revolución Rusa, el avance del fascismo y de los regímenes totalitarios, el por entonces reciente estallido de la Guerra Civil española— se percibía un mundo plagado de incertidumbres donde la cultura europea aparecía seriamente cuestionada. Los dos sucesos porteños reflejaron este contexto extremadamente crítico. Si los intelectuales europeos se veían compelidos a redefinir su papel en la sociedad, también los americanos, superado el arielismo finisecular, buscaban nuevas respuestas. Por eso, replanteos de un presente que no alcanzaban a entender plenamente y profecías de un futuro incierto se dieron cita en estas jornadas, que evidenciaron, sobre todo, las profundas fracturas del proyecto moderno, que se había creído lineal y progresivo y mostraba, al contrario, fracturas en su horizonte.

El país sede de los congresos tampoco era un campo pacífico. Agustín P. Justo (1932-1938) era el presidente de un gobierno militar *de facto* surgido a partir del primer golpe de Estado de 1930, comandado por José Félix Uriburu, que interrumpió el curso democrático de la nación. Quizás por este motivo —su ilegalidad— el gobierno de Justo buscaba reposicionarse frente al mundo con gestos de amplitud y hospitalidad. Como parte de esta estrategia, subvencionó los dos costosos eventos culturales, cubriendo los gastos de pasaje y alojamiento para más de cien invitados extranjeros. Confiaba en que ésta sería una inversión a corto plazo, que redundaría en la mejora de la imagen del país en los foros internacionales. Manuel Gálvez, quien fue el primer

presidente del PEN Club argentino<sup>2</sup> y miembro de la comisión organizadora del encuentro de 1936, además de simpatizante del gobierno *de facto*, rememora estos hechos en sus *Recuerdos de la vida literaria*, donde hace un irónico y pesimista balance de los hechos. El retorno simbólico esperado no se produjo, al menos en la misma dimensión de las expectativas depositadas en ellos.<sup>3</sup>

El ambiente de la Argentina de los años treinta no podía ser más confuso. El golpe de Estado de 1930 inaugura la llamada "década infame", caracterizada por el fraude electoral, la corrupción, la desocupación y la crisis económica. Paralelamente, y casi de modo paradójico dado este contexto, se produce el desarrollo de una intensa vida cultural plasmada en revistas, editoriales y conformación de grupos intelectuales, como el que se reúne en torno a la emblemática revista *Sur*.<sup>4</sup> El campo intelectual argentino ofrecía un complejo arco de posiciones ideológicas y militancias enfrentadas, que incluía nacionalismo, antiimperialismo, socialismo, comunismo, liberalismo, catolicismo y conservadurismo, que convivían en agitada polémica. Recordemos que muchos de los enfrentamientos de la vanguardia artística argentina en los años veinte estuvieron basados en los posicionamientos estético-ideológicos enfrentados de Florida y Boedo, a lo que se sumaba el fuerte activismo universitario fruto de la Reforma del año 1919.

<sup>2</sup> El PEN Club argentino se funda en 1930 con la presidencia de Manuel Gálvez y la secretaría de Eduardo Mallea.

<sup>3</sup> Antonio Zamora, director de la revista *Claridad*, de orientación izquierdista, fue crítico frente al Congreso de los PEN Club en Buenos Aires: el gasto dispendioso, la escasa representatividad de las delegaciones extranjeras y el pobre desempeño de los argentinos, con la salvedad de Victoria Ocampo, aunque evaluó que "Sin llegar a ser lo que debió haber sido, el Congreso de escritores ha dejado un pequeño saldo a favor de la verdadera misión social del escritor".

<sup>4</sup> Véase Oscar Terán, "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", en Oscar Terán, coord., *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo xx latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, 2004, pp. 13-95.

Alfonso Reyes da cuenta en su correspondencia de las permanentes rencillas locales entre escritores, que obstaculizaban los proyectos conjuntos, como los que consigue finalmente llevar adelante, *Lira* y los *Cuadernos del Plata*. El mexicano llamó a estos grupos, cariñosamente, las “patotas”, que no dejaron de afectar su arraigado sentido de la cordialidad entre pares. Por otra parte, la presencia de intelectuales españoles como José Ortega y Gasset, Guillermo de Torre, Amado Alonso o Américo Castro —por citar a algunas personalidades de gravitación en el ensayismo, la prensa y el mundo editorial y académico de los años 20 y 30— así como la intervención en este espacio de figuras como Pedro Henríquez Ureña y el propio Alfonso Reyes, además de otros escritores extranjeros llegados al país con las diásporas transatlánticas de la época, creaban un ámbito de inusitada vitalidad. A esta efervescencia contribuían el carácter cosmopolita y el atractivo cultural de la ciudad. Es en este marco y en ocasión de la inauguración de la Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual que Reyes lee sus “Notas sobre la inteligencia americana”, un ensayo sobre la función de los intelectuales americanos y una proclama de paridad intelectual de América con el resto del mundo. El texto traza líneas de continuidad dentro de la propia obra de Reyes, cifrando sus preocupaciones y obsesiones en torno al lugar de México y de América en la cultura universal. Pero también entra en sintonía con los sucesos de su momento y establece diálogos cruzados con otros intelectuales locales y extranjeros. El propósito de este trabajo es ahondar en estas redes y en la significación del ensayo en su contexto.

#### EL PEN CLUB Y EL FIN DE LOS JARDINES EDÉNICOS

Desde su fundación en 1921, los encuentros del PEN Club habían girado en torno a ejes propios de la actividad profesional

de los escritores, como es el de la traducción o la propiedad intelectual, o de asuntos decididamente estéticos, como la poesía. Pero en Buenos Aires se produce un giro radical que rompe este credo de autonomía. El programa predominantemente apolítico del PEN Club se vio afectado por los hechos históricos que imponían la urgente revisión de tales presupuestos y evidenciaban la necesidad de tomar posturas más firmes y comprometidas. En este sentido dice, acertadamente, Susana Shirkin: "La expectativa potenciada por la prensa local e internacional, los decibeles en ascenso del clima político europeo y vernáculo y las disímiles ideologías y personalidades de los delegados, convertían las sesiones del congreso en un simbólico campo de batalla paralelo del que se gestaba en el Viejo Mundo".<sup>5</sup> Así, un tema conflictivo emergió de lleno en este momento, si bien ya había figurado en las disertaciones del reciente Congreso de Escritores de 1935 en París: el problema de la función social del escritor. El motivo dominó la agenda y buena parte de la cobertura periodística del encuentro.

Las discusiones en Buenos Aires actualizan las polémicas que se habían instalado en el campo francés poco tiempo antes, con la realización del Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura de 1935, presidido por André Gide y André Malraux, donde al mismo tiempo que se proclamaba la resistencia al fascismo y al nazismo, se mostraban los enfrentamientos y fisuras entre comunistas, socialistas, surrealistas, trotskistas y conservadores, todo ello acompañado de distintas iniciativas y publicaciones respaldadas por el prestigio de los intelectuales franceses que internacionalizaban a partir de los congresos sus inquietudes y conflictos.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Susana Shirkin, "La letra asediada. El avance del nacionalsocialismo sobre el campo literario y teatral y sus repercusiones en la Argentina de los años treinta", *Serie de Documentos*, núm. 3 (julio de 2007), Instituto de Investigación en Ciencias Sociales, Universidad del Salvador, p. 4.

<sup>6</sup> Herbert Lottman, *La Rive Gauche. La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, Barcelona, Tusquets, 1994.

En las reuniones de 1936 en Buenos Aires las discrepancias más profundas se mostraron en un escenario no europeo y en un ámbito que privilegiaba la diplomacia, por razones políticas locales que apostaban a la cordialidad para no perturbar el éxito del encuentro. En el transcurso de estos hechos quedará demostrado que un diálogo sin bases comunes con respecto a los valores de libertad y democracia era una ficción poco sustentable y un simulacro intolerable para muchos de los participantes directamente afectados. El gobierno argentino se aseguró un clima de tolerancia y convivencia con la designación de Carlos Ibarguren, quien presidió tanto la comisión organizadora del PEN Club como la de Cooperación Intelectual. Ibarguren, quien era simpatizante del fascismo y funcionario de la Revolución del 30, cuidó que las fricciones entre los sectores no llegasen a mayores con el objeto de brindar una imagen ordenada y pacífica.

La presencia de las delegaciones internacionales fue extremadamente variada en sus coloraciones ideológicas. Entre los escritores locales, Victoria Ocampo, reconocida directora de *Sur* y vicepresidenta del PEN Club, encarnaba el ideal del intelectual independiente y liberal, así como lo hacían Oliverio Girondo y Eduardo Mallea, también presentes. Ocampo abre las sesiones con un breve texto sobre la “Función posible del escritor en la sociedad”, donde sostiene que los escritores no pueden ya “contentarse con permanecer sentados en sus plateas y contemplar el espectáculo del desquicio actual con sus anteojos de teatro”.<sup>7</sup> Se inspira para esta imagen en una cita del texto enviado por Aldous Huxley e insta a los escritores a acercarse a la realidad de su momento, sin por ello pasar al campo de la acción. Alega que ésta es la demanda en los años que corren y dice hablar en nombre del *common reader* —concepto que toma de

<sup>7</sup> *XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs, Discursos y debates*, Buenos Aires, 1937, p. 40.

Virginia Woolf, a quien admira y seguramente homenaja con esta mención.<sup>8</sup> Forma parte del auditorio que la escucha Filippo Tommaso Marinetti, quien será la voz más controvertida de estas jornadas. Marinetti, quien ya había visitado la Argentina en 1926 como gestor del futurismo y era el delegado oficial de PEN Club de Roma, objeta el concepto de *common reader* usado por Ocampo, alegando que ni Baudelaire ni Mallarmé o Gide escribieron para ese lector. Reivindica también los derechos de la "creación pura" —si bien sus posteriores intervenciones lo identifican como un férreo defensor de Mussolini— y se escuda en la pretendida libertad intelectual reinante en Italia. Se refieren también a este tema Sofía Wadia, Eduardo Mallea, Benjamin Cremieux y Georges Duhamel. Este último argumenta que si el escritor es tentado por la política y cede a posiciones facciosas compromete su propia autoridad, con lo que expresa una posición próxima al influyente pensamiento del francés Julien Benda sobre los intelectuales; no obstante, no se manifiesta partidario de la abstención, sino de la necesidad de hacer una profunda meditación antes de tomar cualquier partido.

Con referencia a estos discursos de apertura, que dejaban entrever las primeras disidencias, si bien tibias, la segunda sesión abrirá una fisura ya insalvable. La intervención de Emil Ludwig, el 8 de septiembre, establece el punto de ruptura.<sup>9</sup> Ludwig habla en nombre de los escritores alemanes exi-

<sup>8</sup> Sobre este discurso, anota Manuel Gálvez: "En la primera sesión, Victoria Ocampo habló antes que nadie, y lo hizo en nombre del lector común, pero del lector común muy culto y de mucha sensibilidad. Habló, pues, en nombre de las minorías, y trató de la "función social" del escritor. Sus palabras no fueron muy claras. Parecía pedir a los escritores que no permanecieran indiferentes a las realidades sociales." Manuel Gálvez, "El Congreso de los Pen Clubes", en *Recuerdos de la vida literaria II. Entre la novela y la historia. En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Taurus, 2003, p. 307.

<sup>9</sup> La intervención de Emil Ludwig fue una de las más comentadas en los diversos medios; el director de la revista *Criterio*, de orientación católica, Gustavo Franceschi, señaló la simpatía del orador con la Unión Soviética y

liados y denuncia, en un impactante alegato, la quema de libros, la censura y persecución de pensadores por el régimen de la Alemania nazi. La ofensiva afecta a todos aquellos intelectuales que se resisten a dar anuencia al programa filosófico de la guerra como “higiene de los pueblos”. Entre los escritores perseguidos se encontraban Thomas Mann, Heinrich Mann, Stefan Zweig, Erich María Remarque y Lion Feuchtwanger. Ludwig sostiene que en el Tercer Reich el escritor había sido rebajado al grado de burócrata o trovador a sueldo. Cuestiona paralelamente al PEN Club, que, en “asamblea idílica”, “invita siempre a permanecer en el Edén del espíritu”, prediciendo que pronto esos jardines asépticos terminarían cercados por las armas por lo que exhorta a no permanecer pasivos frente a semejantes violaciones. Al analizar este alegato, Gabriella Belli sugiere que la mención de la “guerra como higiene de los pueblos” y la del escritor como “trovador a sueldo” eran mensajes expresamente dirigidos a Marinetti.<sup>10</sup> Éste, quien evidentemente se siente aludido, responde a las imputaciones. Declama sobre la libertad del régimen italiano, manifiesta su adhesión a un arte que no se ocupe de la política —sobre todo cuando este “ocuparse” signifique denunciar al fascismo—, y asegura que Italia debe estar alerta contra la insidia de sus enemigos y potenciales invasores. A instancia de Jules Romains, y para apaciguar los ánimos, la sesión se cierra con la votación de un mensaje de paz, en contra de cualquier justificación de la guerra —uno de los objetivos fundacionales del PEN Club— y con un pronunciamiento por el libre ejercicio del pensamiento, con la votación unánime de las delegaciones.

---

ante su denuncia del nazismo lamentó que no tuviese una posición crítica semejante frente a Rusia.

<sup>10</sup> Gabriella Belli, “Protagonistas y eventos del futurismo italiano”, en Gabriella Belli *et al.*, *El Universo Futurista 1909-1936*, Buenos Aires, Fundación Proa, 2010, p. 48.



Pero en la sesión vespertina de ese mismo día la controversia alcanza su punto culminante. Marinetti —que lideraba la delegación italiana integrada también por Enzo Ferrieri, Giuseppe Ungaretti y Mario Puccini— se enfrenta con la delegación francesa, representada por Georges Duhamel y Jules Romains. El italiano dirige la sesión por sugerencia de Carlos Ibarguren. Interviene entonces Romains para denunciar que circulaba en la conferencia “un texto de extrema gravedad” firmado por Marinetti y publicado en la portada de la revista *Azione Imperiale*. Traduce para el auditorio alguno de sus fragmentos. Se trata de una apología de la guerra (“la guerra sola higiene del mundo”) que, de modo inequívoco, coloca a Marinetti en las antípodas de la plenaria por la paz firmada esa misma mañana. Marinetti había dictado al día siguiente de su llegada a Buenos Aires, el 25 de agosto, la conferencia “Testimonios de un soldado poeta en el África Oriental” en el Teatro Politeama, lo cual agravaba la imputación. Pero el italiano no se retracta; al contrario, se victimiza y sostiene que la delegación francesa quiere instalar un tribunal contra su país. Romains, Duhamel y Cremieux son los más agudos contendientes de Marinetti, mientras que Carlos Ibarguren y otros participantes intentan contemporizar y bajar la tensión de las discusiones. No sucede así con el público —en su mayoría joven y estudiantil— que silba y se pronuncia contra las intervenciones del escritor italiano, el “orador más impresionante del Congreso”, según apunta Manuel Gálvez, recordando estos entretelones con previsibles simpatías en sus opiniones. La relación entre los escritores y la política reaparece en la sesión del 10 de septiembre, titulada “Debate sobre inteligencia y vida”, donde los distintos oradores, Hans Ruin, Jacques Maritain y Eduardo Mallea, cuyas intervenciones fueron reseñadas por Cremieux, se manifiestan contra la filosofía idealista de Julien Benda y el aislamiento de espíritu profesado por el autor de *La trahison des clercs*. Si algo queda claro después de estos incidentes, y puede considerarse

como el emergente más importante de ambos encuentros, es el cuestionamiento del papel del intelectual. Esta figura entrará en crisis en la década del 30, cuando comience a forjarse la ideología del escritor comprometido que decantará en la posguerra con Jean-Paul Sartre.

#### EUROPA-AMÉRICA. LA CONVERSACIÓN POSIBLE

La VII Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones se realiza de manera paralela al congreso del PEN Club bajo el lema “Las relaciones actuales de las culturas de Europa y América Latina”. Asistieron, entre otros, los europeos Enrique Díez-Canedo —embajador de España en Buenos Aires—, Georges Duhamel, el conde de Keyserling —quien envió una comunicación, ya que no estuvo presente—, Giuseppe Ungaretti, Jules Romains, Jacques Maritain, Stefan Zweig y los americanos Alcides Arguedas, Pedro Henríquez Ureña, Julio Afrânio Peixoto, Francisco Romero, Juan B. Terán, Carlos Reyles, Baldomero Sanín Cano y Alfonso Reyes, también congresistas o invitados especiales del PEN Club. Si bien las intervenciones tienen un tono más amable que los ríspidos enfrentamientos del PEN Club pocos días antes, los ecos de esas disputas perduran en los debates. Esto se hace evidente en el áspero cruce entre Jacques Maritain —defensor de la civilización occidental católico-protestante— y Giuseppe Ungaretti, promotor del fascismo, así como el resto de la delegación italiana, quien sostiene frente a Maritain que “el fascismo es el único movimiento político que, en todas sus formas, restaura el honor del cristianismo”.<sup>11</sup> La discusión continúa la mantenida entre Marinetti y los delegados fran-

<sup>11</sup> Alcides Arguedas *et al.*, *Europa-América Latina: séptima conversación de la Organización de Cooperación intelectual de la Sociedad de las Naciones, 11 al 16 de Septiembre de 1936*, Buenos Aires, Buenos Aires, Comisión

ceses, Romain, Duhamel y Cremieux en las jornadas del PEN Club.

Las exposiciones preliminares de este encuentro estuvieron a cargo de Georges Duhamel y Alfonso Reyes. Duhamel realiza una enérgica defensa de la civilización en un mundo entregado a la violencia y a la superstición del progreso y propone revalidar el viejo humanismo occidental:

De los dos lados del Atlántico, los filósofos han proclamado la excelencia del viejo humanismo occidental para la edificación y la renovación del libre genio creador. Ella misma recobrada, la inteligencia declara que, para conservar su imperio, ya no le resulta suficiente aplicar métodos en todos los lugares y en todas las manos triunfantes, sino que debe, según su elevada tradición, inventar nuevos métodos.<sup>12</sup>

Con respecto a América, Duhamel expresa lo que muchos otros intelectuales del viejo continente piensan: América debe salvaguardar el "legado testamentario" de una Europa en severo estado de desarticulación.

El *nuevo humanismo* es el principal punto en común de este diálogo. Coinciden en esta revaloración Jacques Maritain, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Juan B. Terán y Joan Estelrich. Tanto Pedro Henríquez Ureña como Alfonso Reyes habían emprendido el camino de recuperación de la cultura y los valores clásicos desde los años del Ateneo de la Juventud en México; por lo tanto el *neohumanismo* que campeaba entre los europeos calzaba perfectamente con sus proyectos y expectativas intelectuales. No obstante, y dado que ambos escritores estaban atentos al legado del arielismo, del cual eran al mismo tiempo progenie y voz crítica, no dejaron de advertir que el humanismo a secas

---

Argentina de Cooperación Intelectual-Institut International de Coopération Intellectuelle, 1937.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 5.

podía entenderse como un nuevo elitismo despegado de lo real. Por eso Alfonso Reyes propone que la vuelta a los principios de la cultura grecolatina no debía desprenderse de la “necesidad de reformas sociales que nace del materialismo histórico”.<sup>13</sup> Pedro Henríquez Ureña distingue entre el antiguo humanismo, identificado con el programa del *Ariel*, y el nuevo, que reclama atención a los problemas a la luz de la justicia social, términos éstos que amplían, evidentemente, las fronteras del compromiso del intelectual. Henríquez Ureña alude, como señal de estas transformaciones, a los cambios en los programas de enseñanza de la filosofía que se llevan a cabo tanto en México como en la Argentina.<sup>14</sup> También Juan B. Terán propone afianzar la enseñanza clásica ante el peligro del pensamiento irracionalista que rondaba los pasillos y los rumores de la reunión. Maritain se manifiesta por un humanismo integral, pluralista y con sensibilidad por la sociedad, por eso dice —en sintonía con Reyes— que el nuevo humanismo supone “la búsqueda de los valores sociales y de la justicia social, lo que falta en los clásicos de los siglos XVI, XVII y XVIII”.<sup>15</sup>

En la mayoría de estos discursos prima el rechazo de las filosofías irracionalistas, identificadas con los regímenes totalitarios y el apoyo a la propuesta del humanismo y la razón como posibilidad de regeneración. La mirada desencantada sobre Europa y su incierto destino, que unos y otros comparten, es confirmada con la intervención del Conde de Keyserling. Señala en su comunicación que entre 1914 y 1936 el antiguo orden ha sido destruido sin encontrar todavía su reemplazo; por eso prevé que la literatura en las próximas décadas tendrá el papel que tuvieron los conventos en la Edad Media: “conservar y perpetuar la tradición de

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 130.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 151.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 133.

los pequeños círculos cerrados". Anuncia también el ocaso del intelectual:

En el occidente moderno, el tipo del pensador y del intelectual formado por los siglos XVIII y XIX, está en trance de muerte. Entre las gentes que escriben sólo el poeta, que es tipo verdadero, primordial y eterno a la vez, conservará su primitiva importancia.<sup>16</sup>

De este modo, los congresos del PEN Club y del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual muestran el quiebre y replanteo de la figura del intelectual como *clerc*. Con la palabra *clerc* Julien Benda aludía al ejercicio de un sacerdocio; el intelectual en cuanto *clerc* asumía ante la humanidad el compromiso de velar por los valores universales por sobre las contiendas e intereses particulares, de clase, raza o nación. Benda advierte que desde fines del siglo XIX se produce un cambio drástico de esta misión suprema, ya que los *clercs* habían abandonado su cometido para descender a la plaza pública en nombre de otros intereses; de allí su "traición" al mandato secular. Los antagonistas de este discurso son los intelectuales del nacionalismo francés, Maurice Barrès, Charles Péguy y Charles Maurras, pero su mensaje va más allá de esta polémica situada. Julien Benda se anticipa a los tiempos venideros al profetizar que los intelectuales se comprometerían en pasiones políticas revocando, según su perspectiva, la atribución que la sociedad les había conferido durante siglos. Para Benda el último *clerc* moderno había sido Émile Zola y otros escritores que intervinieron en el caso Dreyfus, ya que desempeñaron plenamente su más alta función, es decir, la defensa de la justicia en términos universales.<sup>17</sup> El ideario de Benda fue ampliamente difundido y su impronta está presente en los debates de 1936, don-

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 200.

<sup>17</sup> Julien Benda, *La trahison des clercs*, Paris, Bernard Grasset, 1927.

de queda demostrado que el modelo del letrado tradicional está siendo cuestionado a uno y otro lado del Atlántico. La delegación francesa en ambos eventos osciló entre cerrar filas en torno a esta concepción o poner en duda su validez. Lo primero les permitirá enfrentar a Marinetti y su discurso belicista y nacionalista, totalmente inadmisibles en el marco de las declaraciones del PEN Club por la paz. Pero, por otra parte, dará sustento a posiciones que en su pretendida distancia de la política pueden llevar al silencio y a la complacencia, como lo denuncia claramente Ludwig en su discurso. ¿Puede el PEN Club hacer oídos sordos a los atropellos del Tercer Reich contra los intelectuales disidentes en nombre de un pretendido diálogo universal? Los sucesos de Buenos Aires demostraron que tal posición de neutralidad se aproximaba, peligrosamente, a la miopía o al cinismo. Del lado de los latinoamericanos, la figura del *clerc* comienza a ser relativizada. En su intervención, Victoria Ocampo sostuvo la necesidad de implicarse en los acontecimientos, si bien aún no podía sospechar que su empresa cultural la habría de llevar, en los años por venir, a un enfrentamiento con el gobierno peronista, que se tradujo en el confinamiento por un mes bajo este régimen. En carta de 17 de junio de 1953 a Alfonso Reyes, Victoria Ocampo narra con detalle, y se diría con fruición, esta experiencia.<sup>18</sup>

En su intervención en la Conversación de la Organización de Cooperación Intelectual, Pedro Henríquez Ureña establece tres categorías de escritores en el ámbito hispanoamericano: los que practican lo que llama la “literatura pura”, aquellos que se inclinan por la “literatura social” y por último los partidarios de la “literatura de indagación interior”, mostrando la diversidad de caminos alternativos en que se

<sup>18</sup> Alfonso Reyes y Victoria Ocampo, *Cartas echadas. Correspondencia 1927-1959*, edición y presentación de Héctor Perea, México, UAM-Iztapalapa, 1983.

debatía este lugar. Alfonso Reyes señala la necesidad de que la inteligencia americana respire los "aires de la calle" y ejerza una función ideológica en la *polis*, realizando una de las primeras caracterizaciones modernas del intelectual en una sociedad proveniente de la experiencia colonial.

"NOTAS SOBRE LA INTELIGENCIA AMERICANA"

Una de las preocupaciones centrales de la Conversación fue caracterizar a la cultura hispanoamericana. Los europeos, en la voz de Jules Romains, reclaman "precisiones" sobre las diferencias y semejanzas entre la civilización europea y la americana. Alfonso Reyes es renuente a darlas: "nos veríamos forzados a definiciones artificiales que a nada conducen", escribe, y agrega: "No creo que podamos trazar rasgos generales, que abracen toda la realidad de nuestro continente; tanto sería como falsear la realidad".<sup>19</sup> Las definiciones esencialistas se enfrentan con el programa universalista que profesa Reyes y con su conciencia de la heterogeneidad cultural del continente. Los intentos de otros participantes por responder a esta demanda de los europeos no corren mejor suerte. Afrânio Peixoto hace su aporte diciendo que lo propio de la cultura americana es su deseo de independencia, el amor por la tierra, el desdén por nosotros mismos, la sensibilidad de "nómades" y la tristeza (*saudade*) que nos hace lamentarnos del mundo perdido y desear continuamente un mundo nuevo.<sup>20</sup> Jules Romains le replica que la melancolía y el nomadismo se encuentran también en el sur de Europa y en Oriente.<sup>21</sup> Duhamel terció con la *teoría de la imitación*, que los hispanoamericanos ya conocían por la lectura que la generación arielista había realizado del pensamiento de

<sup>19</sup> *Europa-América Latina*, p. 119.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 108.

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 111.

Gabriel Tarde. Así sostiene que “La imitación es, hasta nueva orden, la única escuela de la originalidad”, y agrega que “Los pueblos que desean constituir una cultura original no tienen más que seguir el ejemplo de las mejores obras de la viejas y acreditadas culturas”.<sup>22</sup>

El español Enrique Díez-Canedo —en estrecho diálogo con Alfonso Reyes, cuya amistad frecuentaba— hace una propuesta universalista, en un momento crucial para su propio país, que estaba en las puertas de la Guerra Civil:

El tiempo en que vivimos niega toda diferencia, y cada vez más firmemente. El americano que quiere expresar lo que él tiene de verdaderamente único y diferente en su espíritu, corre el riesgo de no encontrar más que matices y nada más, porque, sin que él se llegara a dar cuenta, su América ya no existe más, lo mismo que ya no existe la vieja Europa. Yo creo que la parte viviente y “pensante” de Europa y de América forma en el presente un todo, en el cual cada pueblo no es más que una ligera variación.<sup>23</sup>

Baldomero Sanín Cano, presidente de la reunión y representante por Colombia, expone sobre la debilidad de las civilizaciones precolombinas y el carácter predominantemente europeo de la cultura americana; Carlos Reyles, por el Uruguay, presenta una visión escéptica respecto de la capacidad alcanzada por América para incidir en la cultura mundial. Francisco Romero, en cambio, entrega un mensaje de optimismo con su intervención, “Futura influencia de la literatura iberoamericana en el pensamiento mundial”, donde expone que la realidad americana se va convirtiendo en sustancia estética que vuelve a Europa con figuras como Darío o Herrera, mientras que la filosofía en Iberoamérica

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 141.

<sup>23</sup> *Ibid.*, p. 182.



es ya una "síntesis de Occidente". El concepto de síntesis es enunciado a la par por Romero y Reyes.

En este entramado de voces se distingue la de Pedro Henríquez Ureña, quien con su intervención "La América Española y su originalidad", ofrece algunos de los lineamientos de la historia cultural americana. Explica en esta oportunidad cómo la conquista avasalló la cultura del indio y destruyó sus formas de expresión, por lo que de ese pasado sólo se conservan vivas las formas populares y familiares. Henríquez Ureña no sólo llama a la reconstrucción de una tradición y formación de un archivo —a lo que se abocará en los años siguientes con *Las corrientes literarias en la América Hispánica* (1945) y con la *Historia de la cultura en la América Hispánica* (1947)—, sino que también diseña un necesario canon literario continental que incluye al Inca Garcilaso de la Vega, Juan Ruiz de Alarcón, Bernardo de Valbuena, Sor Juana Inés de la Cruz, Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos, José Martí, José Enrique Rodó, Rubén Darío, José Hernández, Juan María Gutiérrez, Ricardo Palma, Justo Sierra, Manuel Gutiérrez Nájera, Salvador Díaz Mirón, Manuel José Othón, Amado Nervo, Luis Gonzaga Urbina, Julián del Casal, José Asunción Silva, Guillermo Valencia, José Santos Chocano, Ricardo Jaimes Freyre, Leopoldo Lugones, Julio Herrera y Reissig. Ante el mismo pedido de "precisiones", Pedro Henríquez Ureña retoma las intervenciones de sus colegas latinoamericanos, subrayando el acento emocional y poco intelectualista del espíritu hispanoamericano —propuesto por Terán— y el deseo de síntesis y universalidad postulado por Alfonso Reyes, para realizar finalmente una comparación entre los dos espacios que, a su juicio, conforman los dos polos de la heterogénea cultura latinoamericana: Argentina y México.<sup>24</sup>

<sup>24</sup> *Ibid.*, pp. 110-114.

Finalizados los congresos porteños de 1936 que pusieron el acento en el posicionamiento público de los escritores, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña y Francisco Romero se reunieron durante los meses de octubre y noviembre de ese año para registrar por escrito sus conclusiones. Reyes sistematiza los resultados de estos encuentros y los publica bajo el título *La constelación americana. Conversación de tres amigos* (1950). Reyes apunta en esta memoria compartida que los europeos desconocían las sociedades americanas y sus autores más prestigiosos, con la excepción de las figuras de Sarmiento y Darío, mínimo canon que casi todos los asistentes manejaban con cierta fluidez. La ignorancia de Europa con respecto a América ya era un tópico establecido en el discurso americanista de vieja data; el modo de revertirlo para estos intelectuales será colocar la universalidad como objetivo común y desechar los discursos de la autoctonía como único matiz diferenciador de lo americano. Universalidad y autoctonía serán dos polaridades constantes en las visiones *sobre* América pero también *desde* América. De allí la importancia de dos ensayos paradigmáticos que definen esta nueva etapa de reconocimiento de un destino universalista: *A vuelta de correo* (Río de Janeiro, 1932) de Reyes y “El escritor argentino y la tradición” (Buenos Aires, 1951) de Jorge Luis Borges.

Es en el ámbito de los sucesos de 1936, fundido en el diálogo con su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña y en sintonía con Francisco Romero, que propongo leer el ensayo “Notas sobre la inteligencia americana”. Reyes inicia el texto con una *captatio benevolentiae* sobre el estilo de su pieza: “La necesidad de abreviar me obliga a ser ligero, confuso y exagerado hasta la caricatura”. Se trata de una manifestación en breve cápsula de la convicción que expone a continuación: la inteligencia americana ha transitado por caminos diferentes, complejos y atípicos, pero no por ello menos creativos, los carriles de la historia. El carácter

provisional y tentativo está reforzado por el uso del lexema "notas", que demuestra el gusto de Reyes por los géneros breves, flexibles, abiertos. La forma misma del texto condice con el carácter excepcional americano: no es un discurso estructurado sino una suma de fragmentos que orbitan en torno a lo que llama la "inteligencia americana", dejando de lado otros términos como civilización o cultura.<sup>25</sup>

¿Qué es la inteligencia en Reyes? El término remite tanto a los intelectuales (*intelligentzia*) como a la constitución de un espacio letrado en relación con un ámbito social y político, aquello que Ángel Rama llamaría, años más tarde, la *ciudad letrada*. En Reyes la palabra *inteligencia* connota tanto las funciones de las elites letradas como la construcción de una sociabilidad que permita su accionar conjunto. En un texto más temprano de 1932, "En el día Americano", sostiene: "Y entiendo aquí por inteligencia al *mutuo conocimiento*, base única de toda concordia". Por eso Reyes propone incrementar los lazos a través de "un trueque epistolar, entre los más calificados representantes de la alta actividad intelectual", objetivo que lleva a cabo en sus propios viajes y nutridos epistolarios con otros intelectuales del continente. En la memoria de 1950, *La constelación americana*, Reyes sustituye *inteligencia* por *constelación*, palabra con la que enfatiza el armado de vínculos y trazado de un campo contenedor de coincidencias y diálogos entre intelectuales.

Como dijimos, Reyes descrece de los enunciados esencialistas que los congresistas europeos reclamaban de los americanos, por eso su discurso atiende más a los procesos que a las definiciones taxativas. En un primer momento, el texto hace un paneo desde la conquista al presente para puntualizar algunos conceptos que viene formulando desde los

<sup>25</sup> Esta fragmentación se hace más evidente en la edición de las *Obras Completas*, donde los distintos párrafos aparecen numerados del primero al octavo, no así en la edición de *Sur*.

años treinta y que tendrán posterior desarrollo en su obra. Uno de ellos, quizás uno de los centrales, es el *ritmo* o *tempo* americano hecho de aceleraciones y saltos imprevistos que establecen un trato desprejuiciado con la tradición occidental:

Por escenario no quiero ahora entender un espacio, sino más bien un tiempo, un tiempo en el sentido casi musical de la palabra: un compás, un ritmo. Llegada tarde al banquete de la civilización europea, América vive saltando etapas, apresurando el paso y corriendo de una forma en otra, sin haber dado tiempo a que madure del todo la forma precedente. A veces, el salto es osado y la nueva forma tiene el aire de un alimento retirado del fuego antes de alcanzar su plena cocción. La tradición ha pesado menos, y esto explica la audacia. Pero falta todavía saber si el ritmo europeo —que procuramos alcanzar a grandes zancadas, no pudiendo emparejarlo a su paso medio—, es el único “tempo” histórico posible, y nadie ha demostrado todavía que una cierta aceleración del proceso sea contra natura. Tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra política, de nuestra vida, presididas por una consigna de improvisación.<sup>26</sup>

Reyes argumenta que la condición colonial americana ha producido la idea de atraso respecto del proyecto europeo pero también ha permitido ejercer la audacia o la improvisación para descubrir un ritmo histórico propio. Retomará esta reflexión sobre la situación colonial en otros textos, como “Para inaugurar los *Cuadernos Americanos*” (1941) y “Posición de América” (1942). En este último ensayo avanza en la definición de una cultura colonial y en las vías que han permitido el tránsito a la descolonización. Dice aquí Reyes que “Por una parte, en toda cultura colonial obra un *principio de retrogradación* hacia las formas más elementales o más antiguas de las metrópolis”.<sup>27</sup> Así, las formas america-

<sup>26</sup> Alfonso Reyes, *Obras Completas*, vol. XI, pp. 82-83.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 263.

nas adoptaron rasgos residuales o arcaicos; por ejemplo, el teatro misionero eclesiástico recurre a tipos ya superados en la escena teatral en la metrópoli. Sumado a esto, se había implementado durante la colonia una estrategia imperial refractaria a la modernización, "la metrópoli echaba murallas en torno a sus colonias y se reservaba el privilegio exclusivo de la explotación económica y de la transmisión cultural", cerco que la administración de los Borbones irá relajando en virtud de la presión de las nuevas ideas libertarias de las elites que conducirán a la Independencia americana. Detengámonos en el fragmento de este texto, donde Reyes argumenta que la situación colonial da derechos a reclamar la herencia universal:

Esta inevitable invasión del liberalismo, o política de puertas abiertas, alcanza su máximo con las independencias americanas. A partir de esa hora, las antiguas colonias quedan en categoría de sociedades que no han creado la cultura, sino que la reciben hecha de todos los focos culturales del mundo. Por un explicable proceso, toda la herencia cultural del mundo pasa a ser un patrimonio suyo por igual derecho. Su sistema de cultura, aunque para nuestros pueblos referido siempre a la fuente hispánica, se ensancha a la absorción de todas las corrientes extranjeras, algunas veces por sorda hostilidad y reacción contra la antigua metrópoli, y más generalmente y en último análisis, por convicción y por educación de universalismo. *Este universalismo viene entonces a ser el inesperado efecto benéfico de la formación colonial.* El ciudadano de las grandes naciones creadoras de cultura casi no tiene necesidad de salir de sus fronteras lingüísticas para completar su imagen del mundo. El ciudadano de la antigua colonia tiene que ir a la vida internacional para completar tal imagen y, además, está acostumbrado a buscar en el exterior las fuentes del saber.<sup>28</sup>

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 264, las cursivas son mías.

La situación colonial trae aparejado un “inesperado efecto benéfico”, que consiste en acceder a diferentes fuentes del saber universal con mayor liberalidad que las culturas centrales que tienden a alimentarse de su propio legado. Es oportuno recordar que la condición de herederos de Occidente no sólo es reclamada por Alfonso Reyes y otros participantes latinoamericanos en los congresos de 1936, sino que también es prevista y auspiciada por los delegados europeos, quienes proponen una moderna *translatio* de los valores de la cultura europea que, amenazada en las fronteras armamentistas del viejo continente, podría resguardarse en América. No se trataba sólo de enunciados abstractos, utópicos, metafóricos o voluntaristas, ya que los intelectuales europeos efectivamente migrarán a este continente en los próximos años, buscando refugio de las persecuciones y conflictos bélicos en Europa y trayendo consigo ideas que encontrarán nuevas fusiones y transmutaciones en tierra americana. Stefan Zweig, uno de los escritores más reconocidos por el público local durante los congresos, será uno de esos desplazados que buscará un nuevo destino en Brasil, país donde dará fin a su vida pocos años más tarde. Los españoles migrarán a América como consecuencia de la Guerra Civil que se desencadena ese mismo año, diáspora con la que Reyes se verá comprometido en México. Por otra parte, la condición utópica de América, tantas veces esgrimida por Reyes (*Última Tule, No hay tal lugar*), está presente también entre los intelectuales europeos, como es evidente en el discurso inaugural de Georges Duhamel, así como en las palabras de Paul Valéry que Reyes reproduce en “Paul Valéry contempla a América” (1938). América es fruto de cruces que determinan su *sustancia heterogénea* resultante de un mestizaje irrenunciable. Quizás tenga presente el ejemplo de mestizaje cultural de Grecia y el gran proceso de mezcla y refundación que significó el Renaci-

miento, en cuyo marco de transformación se desarrolló la conquista. Así dice:

Ya los primeros conquistadores fundaban la igualdad en sus arrebatos de mestizaje; así, en las Antillas, Miguel Díaz y su Cacica, a quienes encontramos en las páginas de Juan de Castellanos; así aquel soldado, un tal Guerrero, que sin este rasgo sería oscuro, el cual se negó a seguir a los españoles de Cortés, porque estaba bien hallado entre indios y, como en el viejo romance español, "tenía mujer hermosa e hijos como una flor".<sup>29</sup>

Sobre este trasfondo, Reyes propone que la inteligencia americana ha trabajado siempre en torno a *disyuntivas* ("La inteligencia americana va operando sobre una serie de disyuntivas"), es decir, elecciones y alternativas entre un sentir local y uno metropolitano, entre hispanismo y criollismo, entre Europa y Estados Unidos, para encontrar finalmente "un modo de ser" mexicano o americano:

La inteligencia americana va operando sobre una serie de disyuntivas. Cincuenta años después de la conquista española, es decir a primera generación, encontramos ya en México un modo de ser americano; bajo las influencias del nuevo ambiente, la nueva instalación económica, los roces con la sensibilidad del indio y el instinto de propiedad que nace de la ocupación anterior, aparece entre los mismos españoles de México un sentimiento de aristocracia indiana, que se entiende ya muy mal con el impulso arribista de los españoles recién venidos.<sup>30</sup>

El empeño de Reyes es claro: más que ofrecer las precisiones demandadas por los europeos, se detiene en describir los procesos y mutaciones que definen a una cultura proveniente de una experiencia colonial: arritmia, mestizaje, síntesis e internacionalismo. Argumenta en estas *Notas* que

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. 83.

la inteligencia americana es menos profesionalizada que la europea, lo que lleva al intelectual a someterse a continuas negociaciones de sus respectivos fueros. Pero la “falta de especialización”, antes que ser leída como una deficiencia, es señalada por Reyes como una ventaja, ya que coloca al intelectual americano al resguardo del taylorismo o fordismo que imponía la división del trabajo y la fragmentación de los intereses que hacía perder de vista el horizonte común. Así lo expresa también en “Ciencia social y deber social” (1940): “¿qué es esta crisis que padecemos sino un disparate de la especialización que ha perdido el norte de la ética?”.<sup>31</sup> Si los debates del PEN Club se centraron en la “función social del escritor”, esta consigna tuvo eco en el discurso de Reyes que se aparta de los dictados de Julien Benda y relativiza su vigencia en el mundo americano. En “El día americano” (1932) ya había objetado el pensamiento de Benda diciendo que su concepción era válida para los países centrales, pero no para América, donde “los sabios tienen todavía que ser hombres públicos”. Retoma este tema en “Notas sobre la inteligencia americana”, donde sostiene que “la inteligencia americana está más avezada al aire de la calle; entre nosotros no hay, no puede haber torres de marfil”. El trabajo intelectual es aún, según Reyes, una síntesis entre “servicio público” y “deber civilizador”, una misión. Por eso propone que la inteligencia americana se reconoce plenamente en su capacidad de *síntesis*:

En este peculiar matiz americano tampoco hay amenaza de desvinculaciones con respecto a Europa. Muy al contrario, presiento que la inteligencia americana está llamada a desempeñar la más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis, aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción. Por este camino, si la economía

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. 107.



de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa.<sup>32</sup>

El concepto de síntesis es retomado en "Posición de América" (1942), ensayo donde rememora estas jornadas de 1936:

Hace años, examinando este aspecto de la agilidad americana, que podemos llamar la facilidad internacional de la inteligencia, expuse rápidamente estos puntos de vista ante los escritores europeos congregados por una conferencia del Pen Club de Buenos Aires, y dejé caer la palabra "síntesis de cultura", que usó también, para iguales fines, el filósofo argentino don Francisco Romero, sin que ambos nos hubiéramos puesto de acuerdo. La rapidez de las discusiones y la limitación del tiempo hicieron imposible que los europeos se penetraran de lo que queríamos decir. Algunos de ellos quedaron tristemente convencidos de que pretendíamos reducir la función de la inteligencia americana a organizar compendios de la cultura europea. Ante todo, no nos referíamos sólo a la tradición europea, sino a toda la herencia humana. En seguida, por síntesis entendíamos la creación de un acervo patrimonial donde nada se perdiera, y para el cual los hábitos de la inteligencia americana nos parecían bien desarrollados por los motivos antes expuestos. Finalmente en la síntesis no vemos un compendio o resumen, una mera suma aritmética, como no lo es la del hidrógeno y el oxígeno al juntarse en el agua, sino una organización cualitativamente nueva, y dotada, como toda síntesis, de virtud trascendente. Otra vez, un nuevo punto de partida.<sup>33</sup>

*Síntesis* fue una palabra clave de su mensaje de 1936, si bien, como Reyes reconoce, ninguno de los europeos entendió plenamente su sentido. La síntesis no era una sumatoria, compendio o resumen de la cultura europea, sino "una organización cualitativamente nueva" de rescate de todos las

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 265.

herencias y de todos los archivos para que “nada se perdiera”, mensaje ya inscripto en su augural *Visión de Anáhuac* de 1917. La *síntesis* postulada por Reyes es la capacidad de fusión y resignificación del legado universal, pero también de compaginación y aceptación de la diversidad americana. Como dirá en “Posición de América”, nuestro continente es un laboratorio posible para un ensayo de síntesis. Es en este último texto donde aproxima, proféticamente —por llamarlo de algún modo— la categoría de síntesis a la de *transculturación* de Fernando Ortiz que tanta trascendencia tendrá en el pensamiento crítico latinoamericano del siglo xx. Así, al referirse al agotamiento de Europa y a la función que América deberá cumplir en el concierto global, dice:

Esta promesa de destino tiene un anverso y un reverso. Por el reverso parece significar que la capacidad de Europa está ya agotada. Por el anverso, que las bases americanas aseguran ya las probabilidades de éxito. Examinemos ambos extremos, procurando no pecar por ingratitud ni por orgullo. Por cuanto a lo primero, posible es que Europa no salga agotada de la catástrofe y lo deseamos fervorosamente. Aun los pueblos definitivamente conquistados suelen seguir determinando los rumbos de la cultura y venciendo a sus vencedores, operándose así esa ósmosis para la cual el maestro cubano don Fernando Ortiz ha acuñado en nuestra lengua el término ‘transculturación’.<sup>34</sup>

Però la *síntesis* (y la transculturación) exige tiempo y la hora propicia. Sólo el “fuego del tiempo” podrá soltar su hervor, como advierte, metafóricamente, en “Los ojos de Europa” (1931). En este ensayo duda del apriorismo o de la aceleración de otras propuestas, con las que toma distancia, como el *criollismo*, el *autoctonismo* y “hasta las paradojas de los llamados *antropófagos* de San Paulo”<sup>35</sup>, aludiendo

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 256.

<sup>35</sup> Alfonso Reyes, *Obras Completas*, vol. VIII, p. 305.

al "Manifiesto antropófago" (1928) de Oswald de Andrade, otras de las respuestas posibles del intelectual a la condición colonial formulada en torno a estos mismos años. Para Reyes la autoctonía es sólo uno entre todos los ingredientes de la síntesis. Así, en "Para inaugurar los *Cuadernos Americanos*" (1941), dirá que el intelectual americano debe ejercer el cuidado de una herencia abandonada por los "pueblos magistrales", herencia a la que deberá insuflar un sentido internacional, ibérico y autóctono. Desconfía de una cultura americana aislada de la europea; por eso su proximidad con el concepto de literatura universal, la *Weltliteratur* de Goethe. En ningún lugar lo expone de modo más ejemplar que en *A vuelta de correo* (1932), donde refuta tanto al nacionalismo como al exotismo literario y reclama, como en las *Notas*, el derecho del americano a la cultura universal. Asimismo, sabe que el componente hispánico es irrenunciable y esa vertiente —resemantizada a partir del 98 y de la Guerra Civil española— adquiere un peso fundamental en su propia obra ensayística y crítica así como entre los hombres de su generación. En cuanto al componente autóctono, Reyes postula que, al igual que todos los otros legados, debe ser sometido a un trabajo de ampliación, jerarquización y selección.

El concepto de *síntesis* es retomado en la memoria *La constelación americana* y asociada a las ideas de *integración*, *mosaico* y *pluralismo*. Con este último término, Reyes remite a *Pluralistic Universe* (1909) de William James, quien discute las concepciones monísticas, idealistas y deterministas de la filosofía, para proponer que el universo físico y moral se compone de partes independientes y diversas que, bajo el efecto del azar y la libertad interna, convergen en una estructura nueva donde conviven en orden y libertad. Por eso Reyes advierte que la síntesis no debe ser confundida con el "sincretismo" o el "eclecticismo", sino ser concebida como una estructura "orgánica y viva" que debe-

r a operar de acuerdo a los principios de no exclusi3n, “la no segregaci3n étnica o la no discriminaci3n”, recuperando aquí las propuestas armonizadoras de Vasconcelos.

Reyes llama a superar los fantasmas que han permeado la inteligencia americana y, como al comienzo del ensayo, hace un rápido paneo de algunos de estos momentos, el complejo de inferioridad americano, la conciencia de pertenencia al devaluado orden hispánico, las “nobles y candorosas” lecciones de Rodó, la rémora de ser una cultura epigonal y una “sucursal del mundo”, el prejuicio contra el indio, la vecindad de la “naci3n pujante”, en un recorrido que no agota pero intenta resumir un camino hasta llegar a la madurez del presente donde esta inteligencia reclama su lugar en el banquete, en su doble dimensi3n de conversaci3n entre pares y de degustaci3n del alimento universal. En la trama de un pensamiento que va dialogando consigo mismo, Reyes ensaya y elabora respuestas frente a la cultura del continente, tiende puentes hacia el pasado y el futuro, y sienta las bases para una lectura crítica de la funci3n del intelectual en América, que los años venideros verán fructificar.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ARGUEDAS, ALCIDES *et al.*, *Europa-América Latina: séptima conversaci3n de la Organizaci3n de Cooperaci3n intelectual de la Sociedad de las Naciones, 11 al 16 de Septiembre de 1936*, Buenos Aires, Buenos Aires, Comisi3n Argentina de Cooperaci3n Intelectual-Institut International de Coopération Intellectuelle, 1937.
- ALTAMIRANO, CARLOS, dir., *Historia de los intelectuales en América Latina. II. Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Buenos Aires, Katz, 2010.

- BELLI, GABRIELLA, "Protagonistas y eventos del futurismo italiano", en Gabriella Belli *et al.*, *El Universo Futurista 1909-1936*, Buenos Aires, Fundación Proa, 2010, pp. 19-52.
- BENDA, JULIEN, *La trahison des clerics*, Paris, Bernard Grasset, 1927.
- COLOMBI, BEATRIZ, "Viaje y ensayo en *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes", en Roberto Bein, Guiomar Ciapuscio *et al.*, *Homenaje a Ana María Barrenechea*, Buenos Aires, Eudeba, 2006, pp. 271-282.
- \_\_\_\_\_, "Un escenario de cultura: Alfonso Reyes epistolar", en Noé Jitrik, coord., *Aventuras de la crítica. Escrituras latinoamericanas en el siglo XXI*, Córdoba, Alción, 2006, pp. 223-231.
- \_\_\_\_\_, "Alfonso Reyes y *La antigua retórica*. Una lectura en clave de ensayo", en Noé Jitrik, coord., *El despliegue. De pasados y de futuros en la literatura Latinoamericana*, Buenos Aires, NJ Editor, 2008, pp. 33-40.
- \_\_\_\_\_, "Alfonso Reyes entre las nuevas y las viejas artes", en Liliana Weinberg, coord., *Estrategias del pensar. Ensayo y prosa de ideas en América Latina*, México, CIALC-UNAM, 2010, pp. 27-53.
- \_\_\_\_\_, "Alfonso Reyes y las 'Notas sobre la inteligencia americana'. Una lectura en red", *Cuadernos del CILHA* (Mendoza), año 12, núm. 14 (2011), pp. 109-123.
- FRANCESCHI, GUSTAVO J., "El Congreso del PEN Club", *Criterio*, núm. 446 (17 de septiembre de 1936).
- GÁLVEZ, MANUEL, "El Congreso de los Pen Clubes", en *Recuerdos de la vida literaria II. Entre la novela y la historia. En el mundo de los seres reales*, Buenos Aires, Taurus, 2003, pp. 299-319.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO Y ALFONSO REYES, *Epistolario íntimo (1906-1946)*, Tomos I-II-III, Santo Domingo, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1981-1983.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *La utopía de América*, Caracas, Ayacucho, 1978.

- LOTTMAN, HERBERT, *La Rive Gauche. La elite intelectual y política en Francia entre 1935 y 1950*, Barcelona, Tusquets, 1994.
- MANZONI, CELINA, "Buenos Aires 1936. Debate en la república de las letras", *Hispanamérica*, año XXXIV, núm. 100 (abril 2005), pp. 3-16.
- MAÍZ, CLAUDIO Y ÁLVARO FERNÁNDEZ BRAVO, eds., *Episodios en la formación de redes culturales en América Latina*, Buenos Aires, Prometeo, 2009.
- PEN CLUB de Buenos Aires, *XIV Congreso Internacional de los PEN Clubs. Discursos y debates*, 5-15 de septiembre de 1936, Buenos Aires, 1937.
- REYES, ALFONSO, *La constelación americana. Conversaciones de tres amigos*, México, Archivo de Alfonso Reyes, 1950.
- \_\_\_\_\_, *Obras Completas*, 26 vols., México, FCE, 1955-1993.
- \_\_\_\_\_, Y VICTORIA OCAMPO, *Cartas echadas. Correspondencia 1927-1959*, edición y presentación de Héctor Perea, México, UAM-Iztapalapa, 1983.
- ROBLEDO RINCÓN, EDUARDO, *Alfonso Reyes en Argentina*, Buenos Aires, Eudeba, 1998.
- SAID, EDWARD, *Representaciones del intelectual*, trad. de Isidro Arias, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- SHIRKIN, SUSANA, "La letra asediada. El avance del nacional-socialismo sobre el campo literario y teatral y sus repercusiones en la Argentina de los años treinta", *Serie de Documentos* (Buenos Aires), núm. 3 (julio de 2007).
- TERÁN, OSCAR, "Ideas e intelectuales en la Argentina, 1880-1980", en Oscar Terán coord., *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*, México, Siglo XXI Editores, 2004, pp. 13-95.
- ZAMORA, ANTONIO, "El Congreso de los PEN Clubs y la función social del escritor", *Claridad*, año XV, núm. 305 (septiembre de 1936), pp. 1-2.
- WEINBERG, LILIANA, "Notas sobre la inteligencia reyesiana", en Alfonso Reyes, *Notas sobre la inteligencia americana*, Varsovia, CESLA/Ediciones UNESCO, 1994, pp. 19-30.